

LOS ZAPATOS VACÍOS (REINALDO ARENAS. CUBA 1943-1990)

M.^a Pilar GARCÍA TORCAL

Estudiante de Grado en Psicología de la UNED
Tercer Premio del IX Concurso Literario

El instinto me invita a la flexión de mis miembros, entumecidos por el doloroso roce de la vegetación silvestre. Unos tímidos rayos de sol penetran por las ramas de los árboles, acariciando levemente mis mejillas; algo impide que mi cuerpo flote en las frías aguas.

Esta mañana al levantarme predije mi destino, mientras pensaba que no regresarían aquellos que fuimos.

“¡La última oportunidad!” Dije, una vez más, sin imaginar que esta se cumpliría: sería la última.

Cuando lo encontré a mitad del día tan desamparado, conduciendo sin zapatos y con ese disfraz inconfundible de alcohol que lo posee, me subí a su lado sin mediar palabra. Tan solo nos quedaba cruzar el puente y en casa continuarían los reproches. No tuvo paciencia, sacó ese carácter agrio, lleno de odio. De forma súbita me asesto un golpe lateral con su brazo derecho, tan fuerte, que la puerta de aquel viejo utilitario se abrió. Salí despedida, rodando por la pendiente. Acabé donde estoy ahora. No siento frío, calor..., quizá percibo un líquido espeso en la boca que va escurriendo por mis labios, que se seca y cuarteja sin llegar a mi barbilla.

Una suave brisa retira unas hojas húmedas de mi cara. Cierro los ojos y espero. Vienen a mi memoria días anteriores en los que hubo momentos que sentíamos amor y dicha. Desaparecieron. Aunque fueron suficientes para engendrar al mejor tesoro de mi vida.

Este desenlace lo cambia todo de forma inesperada. No era este el momento de llegar. Aún así ¡me gustaría decirte tantas cosas! Fluyen en mi interior las palabras, como el agua de este río cercano; tu primer contacto con la vida se ha iniciado aquí, en la soledad sonora de la naturaleza. Siento imperiosas ganas de empujar. Me desgarró. Noto calor, dolor intenso; sales. Acuciada por esta penuria te cobijo en mis faldas. Te protejo del helado viento de la ribera. Todavía unido a mí por el cordón, puedo sentir ese misterio único que es el amor de una madre.

El azar ha influido en nuestras vidas. Pienso en el inmenso placer que me ha deparado acometer con éxito este acontecimiento. Nunca sabré con certeza si llegaste a percibir mi emoción al rozar tu suave piel con la mía.

Escucho voces cerca de nosotros, nos han visto. Inspiro y espiro hondo. Ahora que el tiempo se está llevando mi vida y la luz se empobrece a mi alrededor, tengo un recuerdo hacia ti. Imagino tu mano entrelazada con la mía animándome a traer al mundo a nuestro hijo. Cogiéndolo, besándolo, sintiéndolo como lo siento yo. Me quedo sin aliento. Un segundo antes de cerrar mis párpados te veo; hijo mío. Un alma noble te arropa con cuidado y ternura. Cierro los ojos con tu imagen para siempre.